

# Literatura e historia: ¿Cordura o locura?

Charles Bergquist  
*Universidad de Duke*

(Una versión preliminar de este ensayo fue presentado en la Tercera Conferencia de la Asociación de Colombianistas Norteamericanos, Bogotá, junio, 1986. Esta versión fue traducida del inglés por Luis Martínez Fernández).

¿Cuáles son los obstáculos que dificultan el diálogo entre los historiadores, los críticos literarios y los artistas literarios? Más importante todavía, ¿qué es lo que define y separa a las distintas disciplinas entre las que hemos dividido el saber académico y nuestras reflexiones en torno a la dimensión histórica de la condición humana? ¿Cuál es, acaso, la jurisdicción de los historiadores en los tiempos contemporáneos, cuando la descripción e interpretación del pasado parecen haber cautivado la imaginación tanto de novelistas como de científicos sociales? Hablar de la relación entre historia y literatura implica viejos y anudados problemas que recientes escritos de pensadores de la talla de Foucault, Habermas y Hayden White nos han conducido a repensar a fondo. Este ensayo, contrastando con las contribuciones europeizantes sobre el tema, plantea que los estudiosos de América Latina en general, y los colombianistas en particular, tienen mucho que aportar para enriquecer el debate.

El ensayo descansa sobre la noción de que un diálogo informado que salve las fronteras que tradicionalmente han separado a los historiadores de los humanistas puede conducir a la "cordura" y alejarnos de la "locura" a que hace alusión el subtítulo del ensayo. Para poder lograr ese diálogo interdisciplinario, sin embargo, sostengo que es necesario tener una noción clara de la lógica interna de cada una de estas disciplinas. Estas lógicas internas, por más arraigadas que

estén, han sido pocas veces articuladas con claridad por los especialistas suscritos a ellas. Es por eso, en gran medida, que persiste un clima de mutua suspicacia, incompreensión, ignorancia y hasta de mofa que impide el logro de una discusión fructífera entre las disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades. En una palabra, una mayor sensibilidad hacia los métodos de otras disciplinas podrá ayudar a curar la "locura" que actualmente abate al diálogo interdisciplinario.

Dado que soy historiador, estoy mejor capacitado para explorar la lógica de mi propio campo. La primera sección de este ensayo es por lo tanto una especie de introspección en torno a la disciplina histórica. En ésta presto atención especial a las diferencias entre lo que hacen los historiadores profesionales y el quehacer de los practicantes de las otras ciencias sociales. Luego, partiendo de lo que creo es un mayor conocimiento de la lógica de mi propia disciplina, abordo el tema medular del ensayo: las posibilidades de diálogo entre los historiadores y los críticos y artistas literarios. La tercera sección del ensayo describe los indicios de diálogo entre historiadores y críticos literarios que se han dado en el campo de los estudios colombianos. La misma concluye con lo que espero sea una ilustración de cómo la disciplina histórica puede aportar ángulos refrescantes al estudio de la obra maestra del laureado escritor colombiano, Gabriel García Márquez. En la cuarta y última sección incluyo una llamada al diálogo entre los historiadores y críticos literarios en Colombia, que por extensión es también una llamada a los latinoamericanistas en general. Al hacer esto señalo las ventajas metodológicas y políticas que dicho diálogo podría generar.

## I

He observado que pocos de los que actualmente practican las humanidades y las ciencias sociales, especialmente en los Estados Unidos, tienen una idea clara de lo que hacemos los historiadores y de cómo realizamos nuestro trabajo. Creo, de hecho, que la mayoría de los académicos y de la gente en general poseen un concepto caricaturesco tanto del historiador como del oficio de "historiar". Entre los científicos sociales, por ejemplo, los historiadores son vistos como carentes de precisión y rigor. Incapaces de ser lo suficientemente específicos y de "medir" las "variables" dentro de los procesos sociales ven a los historiadores como simples proveedores de datos crudos. Esta percepción fue ilustrada recientemente por el conocido sociólogo Charles Tilly, quien, hablando aparentemente en broma, utilizó la analogía de los "halcones" y los "topos" para diferenciar a los científicos sociales y los historiadores. Altamente reveladora resulta esta ilustración, y para nosotros los historiadores, para decir lo menos, un poco alarmante. En ella no sólo se exaltan los métodos y alcances de la sociología histórica a la vez que se denigran los de la historia. También se les señala a los historiadores una función altamente limitada y se les augura un futuro poco prometedor. Los historiadores, según esta imagen parece, no sólo escavan ciegamente la materia prima histórica para uso de la ciencia social sino, peor aun, están al alcance de sus perspicaces colegas de alto vuelo, los científicos sociales.

Para ser honesto, no tengo una idea clara de lo que los críticos y artistas literarios piensan actualmente sobre los historiadores. Pero hay algo que me consta: pocos leen nuestros trabajos. Tengo la impresión de que nos toman por una partida de faltos de imaginación con carencia de habilidad creadora. Nos toman por seres que se pasan la vida aspirando el polvo de los archivos para luego escribir relatos pedestres sobre temas pedestres sobre un pasado pedestre. (¿Acaso otra variante de aquello de "halcones" y "topos"?). Estas percepciones, sin embargo, no son del todo infundadas, sobre todo si se compara el monográfico histórico típico de nuestros días con las obras magistrales de los grandes historiadores narrativos del siglo XIX. Por otra parte, estos enjuiciamientos reflejan ciertos prejuicios contra la historia profesional que se infunden desde los grados primarios en los sistemas educativos de las sociedades modernas. En detrimento de nuestro oficio, y a veces con nuestra propia ayuda, los ciudadanos de las sociedades modernas aprenden desde la

infancia que la historia gira en torno a próceres, batallas, y fechas memorables relacionadas con la construcción de la nacionalidad; una historia que enseña que Bolívar durmió aquí, brincó por aquella ventana allí, y murió, con gran desilusión, en aquel lecho allá.

Los propios historiadores no han hecho mucho por corregir estas apreciaciones distorsionadas y denigradoras sobre su oficio y sus métodos. La mayoría de ellos no están acostumbrados a expresarse abstracta y teóricamente acerca de la naturaleza del oficio que practican. Alegan, claro está, que sí son capaces de distinguir una obra histórica buena de una de baja calidad, y todos, por supuesto, se creen capaces de escribir buena historia. Sin embargo, a la hora de explicar en qué consiste la historia bien hecha, entran en graves dificultades.

Quizás la forma más efectiva de descubrir la lógica interna de la disciplina, y precisar exactamente en que consiste la "buena historia" para el historiador profesional, sea observar de cerca lo que realmente hacen los historiadores cuando practican sus labores. Esto ha de revelar una lógica disciplinaria altamente sofisticada, bastante consistente, y llena de utilidad para las demás disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades. Al conocer cómo se entrenan los historiadores, cómo realizan sus investigaciones, cómo organizan sus exposiciones, y cómo se critican entre sí, uno se acerca a la esencia de la disciplina y deja atrás los prejuicios comunes en torno a ella. Esto también permite ver claramente aquello que separa a los historiadores de sus colegas en las ciencias sociales y las humanidades: la atención fundamental que le prestan a la totalidad social, o sea, a las interconexiones entre todos los elementos que conducen al cambio social en un momento y lugar determinados.

Este compromiso con la totalidad social ayuda a entender, por ejemplo, la preferencia que exhiben los historiadores por ciertas formas de exposición, particularmente el uso del modo narrativo y el cuidado que tienen con su manejo del lenguaje. Si uno está convencido de que cada cambio tendrá, con el tiempo, un impacto dialéctico para con la totalidad social, ¿acaso la forma de proseguir no es siguiendo un devenir cronológico, midiendo paso a paso los impactos más relevantes dentro de dicho desarrollo? Y si uno cree firmemente lo que todos los individuos cuentan en la historia, y que ésta a su vez les afecta a cada uno de ellos, ¿no debe uno escribir de forma tal que todos puedan entender? Estas son proposiciones con implicaciones profundamente democráticas

que ayudan a explicar, por otra parte, el desarrollo secular de la disciplina dirigida a una utilización mayor de fuentes primarias que arrojen luz sobre la gente común de sociedades pasadas.

Si uno se acerca a la disciplina desde la perspectiva de su metodología también encuentra el ya mencionado compromiso con la totalidad espacial y temporal. Cualquiera que se detenga a observar el proceder de los historiadores notará la obsesión que tienen para lo que llaman la "historiografía". Es ésta una especie de sociología del conocimiento que busca explicar cómo los observadores anteriores, influenciados por los propios procesos históricos, sus solidaridades de clase, sus prejuicios culturales y las corrientes intelectuales de sus épocas, han interpretado una realidad determinada. El estudio de la historiografía de un tiempo y lugar determinado —digamos, la América Latina colonial, la Europa de los siglos XVI y XVII, o el Japón moderno— constituye el fundamento del entrenamiento de los nuevos historiadores. El buen manejo de la historiografía es prerequisite para la investigación, creen los historiadores, aceptan esto, no sólo porque la historiografía engloba la totalidad del saber histórico previamente acumulado sobre una tajada particular del pasado y constituye de por sí una historia intelectual, sino porque su estudio les recuerda a los historiadores que ellos mismos son afectados por las fuerzas históricas, al igual que lo fueron sus predecesores.

Por último, el compromiso con la totalidad social explica también lo que para los críticos legos aparenta ser un fetichismo disciplinario: el culto a las fuentes primarias y el énfasis en un entrenamiento profesional que permita leer correctamente dichas fuentes. Por leer correctamente, entiéndase poder percibir y, por lo tanto, corregir las distorsiones de la realidad inherentes a toda documentación. Los trabajos más estimados entre los historiadores son, pues, aquellos que se fundamentan en fuentes primarias novedosas. Esto es así porque el dominio sobre las fuentes secundarias que se espera de todo historiador, y la fe que la disciplina tiene en la capacidad reveladora de la historiografía, implican que tan sólo los documentos primarios pueden aportar conocimientos "nuevos", o sea, nuevas aproximaciones imperfectas a una realidad social ya pasada.

Claro está que estas metas disciplinarias, todas relacionadas entre sí, no siempre se alcanzan del todo. De hecho, toda la crítica profesional de la producción histórica consiste en señalar cuál o cuáles de estas metas no se ha realizado cabalmente en un trabajo dado. Es así que, en la crítica,

igual que en nuestras actitudes hacia la exposición, los métodos y las fuentes, aquello que nos define como historiadores es el compromiso de estudiar el cambio en totalidades sociales a través del tiempo. Partiéndose de una mejor comprensión de este compromiso fundamental es que se puede empezar a entablar el diálogo.

Sospecho que los humanistas, e inclusive algunos historiadores, podrán estar en desacuerdo con el retrato de la disciplina histórica que acabo de esbozar porque parece no tomar en cuenta el desafío de la historia profesional contenido en la obra controversial de Hayden White<sup>1</sup>. White argumenta —y pienso que lo hace bastante persuasivamente— que el historiador es en esencia un poeta, un humanista que preconice una interpretación dramática del pasado, y quien luego hilvana una trama y adopta un estilo de exposición para presentar su interpretación de forma tal que parezca "tal como sucedió". Creo que los historiadores podrán aceptar este análisis (aunque la mayoría posiblemente no lo hagan) y permanecer todavía dentro de la lógica disciplinaria que he esbozado; ninguna de las actitudes, asunciones y métodos interrelacionados que he descrito son *necesariamente* incompatibles con la visión de White. Al mantenerse fieles a la lógica de su disciplina, sin embargo, los historiadores demuestran lo limitados que son los planteamientos de White. Esto es así puesto que los propios métodos de la historia generan de por sí una autoconciencia del relativismo que White señala en su análisis de la retórica. Más todavía, el prestarle atención a la lógica disciplinaria de la historia demuestra que en ésta, por sus métodos y reglas, la imaginación del historiador está de tal forma restringida que no es posible hablar de su trabajo como solo una serie de ficciones definidas por una época, como lo ha hecho White. La atención obligada del historiador para con la sociología de sus fuentes y su énfasis en la historiografía de su tema de estudio lo cualifican para creer que realmente *ve* aspectos de *realidades* sociales pasadas, y para alegar que su visión está atemperada a las *realidades* de su presente, ya sean éstas las necesidades objetivas o subjetivas de alguna clase social, de alguna *nacionalidad*, etc.

Estamos listos ya para esbozar las implicaciones que tiene la metodología histórica para con el

1. Véase especialmente su publicación titulada *Metahistory* (Baltimore, 1973).

diálogo con los científicos sociales. Según he manifestado ya implícitamente, me parece que los científicos sociales derivan sus métodos a partir de asunciones distintas sobre la importancia de la totalidad social. Ellos entienden, a diferencia de nosotros, que es de gran valor el separar tajadas manejables de la vida social —la economía, la política, por ejemplo— para luego medir con precisión la forma en que distintos elementos de esa realidad fraccionada conducen al cambio social obedeciendo a patrones reconocibles. Como consecuencia, cuando ellos intentan escribir historia acostumbran violar cada uno de los cánones disciplinarios que siguen los historiadores. Sus exposiciones son más bien analíticas que narrativas. A menudo sienten la necesidad de inventar o tomar prestados términos específicos a los que dan significados incomprensibles para los legos. Se preparan para el análisis entrenándose en la teoría social abstracta y la lógica formal, en vez de dominar la historiografía de una época y región determinada. Al investigar, primero construyen sus modelos teóricos y luego prosiguen a buscar la data que los confirme o los modifique. Pueden valerse de fuentes primarias de archivos, pero a menudo no se detienen a contemplar al carácter social de ellas; generalmente miran los archivos como simples reservas de datos. Este proceder contrario a los cánones de los historiadores explica la poca aceptación que entre éstos tienen los trabajos históricos producidos por científicos sociales. Claro está, en la otra dirección, lo mismo sucede.

Sin embargo una mayor conciencia sobre aquello que diferencia a los científicos sociales de los historiadores no debería obstruir, sino más bien conducir a un diálogo fructífero entre ambas disciplinas. Resulta claro que lo que separa a los historiadores de los científicos sociales que trabajan temas históricos no es un desacuerdo sobre el hecho de las interconexiones dentro del cambio social. Ese es un principio aceptado por ambos que une, por ejemplo, tanto los weberianos como los marxistas. Lo que los separa disciplinariamente es el *peso relativo* que les confieren a las interconexiones de la totalidad social conforme a sus respectivas tradiciones metodológicas. Es así que cada una de estas disciplinas produce sus beneficios particulares: los historiadores están más capacitados y prefieren demostrar las interconexiones del cambio social a través del tiempo en una sociedad particular; los científicos sociales, por su parte, se hallan en mejor posición para generalizar acerca de características universales de aspectos del cambio social a través del tiempo y el

espacio. Debido a lo complementario de estos beneficios, creo que los mejores historiadores son aquellos que dentro del espectro se sitúan más cerca de las ciencias sociales; y que los mejores científicos sociales trabajando temas históricos son aquellos que comprenden mejor la metodología de los historiadores.

## II

La lógica disciplinaria que he descrito también lleva consigo la promesa de un diálogo más fructífero entre historiadores y críticos y artistas literarios. Es harto conocida la forma en que la literatura ha servido de "almacén de conocimientos" para el uso de historiadores y científicos sociales. Basta con mencionar la presencia de Balzac en la obra de Marx y la influencia de Zolá sobre los pioneros de la historia laboral. El hecho de que la literatura haya tenido un impacto similar sobre las ciencias naturales, sobre todo cuando éstas empezaron a llamarse "ciencias", o cuando sufrieron reajustes paradigmáticos kuhnianos, es menos conocido pero ha sido señalado recientemente por varios especialistas en estudios europeos<sup>2</sup>. También resulta obvio, al menos para los historiadores, que los literatos pueden expandir el universo de sus imaginaciones si les da un uso al "almacen del conocimiento" histórico.

¿Y qué pueden aportar los métodos de los historiadores para el diálogo con los críticos literarios? Creo que la respuesta se encuentra principalmente en la preocupación de los historiadores con las fuentes y el estudio de la historiografía. Los historiadores se creen muy bien preparados para interpretar sus documentos primarios y analizar críticamente las varias escuelas de interpretación histórica sobre la época en que se especialicen. Como hemos visto, estas son las bases sobre las que descansa la metodología histórica. Sin embargo, tradicionalmente los historiadores se han limitado a captar y corregir los prejuicios sociales, históricos, y culturales que "desde afuera" han afectado a estas fuentes e interpretaciones. Tan sólo recientemente han empezado a tomar prestados métodos de la crítica literaria que les permi-

2. Wolf Lepenies, "Transformation and Storage of Scientific Traditions in Literatura", en Leonard Schulze y Walter Wetzels, editores, *Literature and History* (Lanham, Md., 1983), pp. 37-63. Esta publicación que enfoca textos alemanes provee un cuadro útil acerca de las discusiones contemporáneas sobre la relación entre ambas disciplinas.

tan ver sus fuentes como "textos" a los que se debe disectar y descodificar.

Lo más interesante de esto es quizás lo que pueda aportar para el establecimiento del diálogo entre los historiadores y los críticos literarios de todas las distintas escuelas contemporáneas. Tradicionalmente los historiadores se han sentido más afines a aquellos críticos que abordan sus temas literarios situándolos dentro de su contexto social. Dentro del campo de los estudios latinoamericanos en los Estados Unidos, por ejemplo, los historiadores han exhibido afinidad para con las obras de críticos como Jean Franco o Angel Rama. Lo que hizo a estas obras atractivas ante los estudiosos de la historia de América Latina en los 1960s y 1970s no fue exclusivamente su base marxista, aunque es cierto que la afinidad ideológica en una era en que los marxistas abundaban más en las filas de los historiadores que entre los críticos literarios norteamericanos tuvo sin duda una fuerte influencia. Lo que verdaderamente les resultaba atractivo a los historiadores era la compatibilidad entre la crítica literaria de estos autores y sus propias asunciones sobre la importancia de la totalidad social. Pero estas mismas asunciones compartidas con los historiadores fueron precisamente las que marginaron a tales críticos dentro de los departamentos de literatura de sus respectivas universidades en los Estados Unidos. En éstos la literatura era entonces vista como un arte cuya esencia trascendía el medio social y temporal en que se producía.

Estos aspectos ideológicos y disciplinarios, fundados en actitudes divergentes con respecto a la totalidad social, ayudan a entender el desarrollo que experimentó el diálogo entre las distintas disciplinas agrupadas bajo los estudios latinoamericanos a medida que éstas se politizaban en los años sesenta y setenta. Entre los latinoamericanistas el diálogo floreció entre los científicos sociales y los historiadores quienes al menos compartían la idea de la naturaleza interconexa de la totalidad social. Entre éstos y los críticos literarios, sin embargo, el mismo no se dio, puesto que no compartían esta idea básica.

Para los años ochenta, sin embargo, el nuevo énfasis en la disectación y descodificación de los propios textos literarios parece ser muy promisorio para un diálogo renovado entre historiadores y críticos literarios. Los nuevos métodos de análisis textual exhiben un alto grado de compatibili-

dad con las prácticas de análisis de las fuentes que caracterizan a los historiadores (claro está que los historiadores trabajan con "textos" muchos más prosaicos que los que usan sus colegas de la crítica literaria). Las técnicas de la "nueva" crítica literaria han conducido inclusive a que algunos historiadores traten de definir un nuevo campo dentro de la historia cultural<sup>3</sup>, y, como veremos más adelante, constituyen el sello distintivo de uno de los trabajos más innovadores y estimulantes sobre la historia moderna de Colombia. Por otro lado, hay indicios de que algunos críticos literarios norteamericanos, quienes hasta hace poco manejaban sus textos esencialmente fuera de su contexto social, están cobrando conciencia mayor del lugar de la literatura dentro de la totalidad histórica y social. En el campo de los estudios colombianos, por ejemplo, contrastan marcadamente el trabajo reciente de Sylvia Malloy sobre Jorge Isaacs, y su anterior olímpico (y para mí pobre mente de historiador, prácticamente impenetrable) trabajo sobre Jorge Luis Borges<sup>4</sup>.

### III

Todo esto suena muy bien, por lo menos en teoría. Mas cuando se trata de evaluar concretamente los avances ya hechos, al menos en el trabajo de los historiadores se presentan bastante modestos. Procederé a ilustrar esto haciendo referencia a la literatura especializada sobre la historia colombiana, por ser esta la que mejor conozco. Y para no mirar la paja en el ojo del prójimo haré referencia a mi propio trabajo. En una sección de un libro sobre el café y la política colombiana en el siglo XIX, utilicé *Los trabajadores de la tierra caliente* de Medardo Rivas, como una especie de "almacén de conocimiento" para acercarme a la cultura e ideología de los liberales que establecieron haciendas cafeteras en el departamento de Cundinamarca en los 1890s. En otra sección del libro consulte las novelas costumbristas de José Manuel Marroquín para documentar la coherencia entre su política y su visión de mun-

4. Sylvia Malloy, *Las letras de Borges* (Buenos Aires, 1979).

5. Ha habido algunos intentos de parte de críticos literarios e inclusive de parte de historiadores, encaminados a lograr esa meta. Mis propios esfuerzos en esa dirección demuestran los modestos resultados logrados. Charles Bergquist, "Gabriel García Márquez: A Colombian Anomaly", ponencia inédita presentada en la Conference on Literature and History, Washington University, 1982. Los esfuerzos más exitosos de parte de críticos literarios para integrar la historia en la interpretación de la obra de García Márquez son quizás: Lucila Inés Mena, *La función de la historia en Cien Años de Soledad* (Barcelona, 1979) y Raymond Williams, *Gabriel García Márquez* (Boston, 1984).

3. Lynn A. Hunt, "Cultural Approaches to History" (ponencia presentada en la Conferencia sobre Métodos Comparativos de Historia Social en Northwestern University, abril 18 de 1966).

do. Le presté atención especial a su novela *Entre primos* y sostuve que las actitudes hacia los extranjeros y el pensamiento liberal expuestas en dicho libro eran compatibles con la filosofía política de Marroquín, quien como político y presidente de la república entre 1900 y 1904 fomentó el hispanismo, el corporativismo y el nacionalismo del gran filólogo y político colombiano Miguel Antonio Caro. Fue Marroquín quien dotó de poder durante la terrible guerra civil de fin de siglo al hombre que se convertiría en la bestia negra del liberalismo colombiano y el principal obstáculo al reformismo bipartidista en la era de la postguerra, Aristides Fernández. Este análisis de la obra literaria de Marroquín reforzaba una interpretación revisionista del difamado presidente, quien es visto por muchos historiadores como un político chapucero e incompetente. Yo, por mi parte, lo caracterizaré como un hombre altamente capaz e ideológicamente consistente, cuya sensibilidad de novelista le permitió ser un agudo juez de los seres humanos.

En el capítulo sobre Colombia de un libro sobre la historia obrera de América Latina me baso ampliamente en el análisis crítico del libro del gran ensayista colombiano Luis Eduardo López de Mesa, *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Dicho análisis me lleva a sostener que a pesar de su orientación conservadora y su velada distorsión de la "civilización cafetera", el ensayo de López de Mesa posee el mérito de reconocer lo peculiar y distintivo de la evolución social de la Colombia moderna. Intento, pues, demostrar que la visión de este autor, mejor que las categorías abstractas de un marxismo europeizante, sugiere las llaves interpretativas para explicar la peculiar evolución social y política del movimiento obrero del país. Finalmente, en el mismo capítulo utilizo un segmento de la novela *La cosecha* (1937) de J. A. Osorio Lizarazo, para captar y señalar los vínculos existentes entre la vida material de los pequeños productores cafeteros y sus nacientes valores culturales. Sostengo, sin embargo, que la visión cínica de Osorio Lizarazo de dicha relación se fijó exclusivamente en el lado oscuro de lo que fuera un semillero democrático, positivo de potencialidades humanas en el seno de la región cafetera colombiana.

Menos tradicional y más refrescante que estos ejemplos es el extraordinario libro de Herbert Braun titulado *The Assassination of Gaitán: Public Life and Urban Violence in Colombia* (1985). En él Braun emplea métodos parecidos a los de la crítica literaria contemporánea para disectar la retórica de los principales políticos del siglo veinte,

especialmente la de Jorge Eliécer Gaitán. Su ingeniosa interpretación del verbo y de la carrera del más famoso de los políticos colombianos ofrece ángulos novedosos para el entendimiento de toda la jornada política que culminó en el 9 de abril. En el libro se analiza el particular universo psíquico y social creado por las élites mediante el uso del término "pueblo" aplicado a las clases populares. Se incluye además un intento de descifrar los actos realizados por las multitudes bogotanas durante los violentos sucesos del 9 de abril. El libro de Braun no está exento de problemas, pero estoy convencido de que ningún estudioso de Colombia verá de igual manera a la historia reciente del país luego de haber leído su estimulante análisis.

Si bien hay algunos indicios positivos que reflejan una mayor disposición entre los historiadores para usar la literatura y la teoría literaria, lo mismo no puede decirse de los críticos literarios con respecto a la historia y sus métodos. Aunque una mayor familiaridad con la literatura existente podría hacerme cambiar de opinión, mi impresión es que los críticos literarios no han tomado muy en serio los trabajos históricos sobre Colombia y que el resultado de esto ha sido una visión incompleta y distorsionada sobre su campo de estudio.

Intentaré ilustrar este punto haciendo referencia a un autor al cual ningún colombiano, vale decir, ningún latinoamericanista (sea humanista, científico social, o historiador), puede darse el lujo de ignorar: Gabriel García Márquez. Desde la perspectiva del historiador, puede decirse que muy poco se ha hecho hasta el presente de interpretar su obra maestra *Cien años de soledad* dentro del contexto social en que se produjo<sup>6</sup>. Una forma apropiada de intentar esto, creo yo, es colocando a la novela (publicada en 1967) dentro del contexto de la historia intelectual latinoamericana de las últimas décadas. Vista de esta manera *Cien años de soledad* se presenta como precursora y complemento cultural de las grandes obras en economía, sociología e historia que componen el cuerpo de lo que ha venido a llamarse la "teoría de la dependencia". Estos trabajos, escritos por autores como el economista chileno Oswaldo Sunkel, el sociólogo brasileño Fernando Henrique Cardoso, y el historiador argentino Tulio

6. Los trabajos específicos a los que hago referencia son: Oswaldo Sunkel, en colaboración con Pedro Paz, *El subdesarrollo y la teoría del desarrollo* (México, 1971); Fernando Henrique Cardoso y Enzo Falleto, *Dependency and Development in Latin America* (Berkeley, California, 1979); publicado originalmente en 1969; y Tulio Halperín Donghi, *Historia contemporánea de América Latina* (Madrid, 1969).

Halperín Dongui, entre otros, y publicados entre 1969 y 1971, señalan una nueva conciencia entre los intelectuales latinoamericanos sobre el rol de su región dentro de la historia moderna mundial. Todos estos autores le prestan atención a los vínculos históricos de la región con las naciones capitalistas, industriales y avanzadas del Atlántico Norte. Todos rechazan las interpretaciones tradicionales occidentales sobre el significado de los últimos cinco siglos de la historia universal. Todos señalan que la expansión del capitalismo mundial, lejos de crear un mundo a imagen y semejanza de Europa, distorsionó y atrofió el desarrollo económico y social de América Latina.

Creo que *Cien años de soledad* se puede leer provechosamente como la contraparte literaria de estas obras maestras en la economía, sociología, e historia de la dependencia. Todas estas obras comparten la premisa de que la integración de América Latina al sistema mundial liberal, un sistema dominado por las naciones técnicamente avanzadas, industrializadas y exportadoras de capital, produjo las más profundas deformaciones en las pautas culturales europeas, que en su nuevo medio americano parecen pertenecer al reino de lo fantástico. Todas demuestran cómo el trasplante de las formas europeas, sean sistemas económicos, instituciones políticas, o formas de ver, produce interrupciones sociales violentas, debilitantes y corruptivas. De la misma manera, estas obras comparten la creencia de que de no interrumpirse y transformarse estos trasplantes de las formas europeas, América Latina seguirá sufriendo, exponiéndose inclusive a desaparecer.

Precisamente las primeras líneas de *Cien años de soledad* encierran esta visión de la historia. Con gran economía de expresión, García Márquez logra a la vez asombrar al lector y picar su curiosidad:

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo.

En estas breves palabras, se señala el despertar a una conciencia histórica en un personaje que, según la novela habrá de revelar más tarde, fue destruyendo su humanidad y está por perder la vida frente a un pelotón de fusilamiento debido a su lucha violenta y destructiva (y al final sin sentido) para realizar en América los ideales del liberalismo europeo. De alguna manera fantástica pero a la vez histórica, García Márquez sugiere, el desti-

no de Aureliano Buendía está vinculado con la introducción en la América tropical de un producto de la tecnología avanzada europea. De primera instancia, al lector contemporáneo esta conexión histórica entre el hielo y la muerte seguramente le parece absurda. Debido a que el hielo es algo tan común y accesible en nuestras vidas, hemos olvidado lo maravilloso y revolucionario que fue su introducción y difusión en contextos tropicales y subdesarrollados. De igual manera olvidamos que las instituciones democráticas liberales que hoy día disfrutan las sociedades avanzadas de Occidente se forjaron poco a poco, tras largas luchas de carácter social, a la sombra de un emergente capitalismo industrial e imperialista en la Europa del siglo XIX. Por eso no apreciamos la forma en la cual tanto las instituciones políticas como las económicas de Europa fueron alteradas y fundamentalmente comprometidas en el contexto de la América subdesarrollada. Ni apreciamos cómo el mismo capitalismo que en Europa generaba el desarrollo económico y la evolución democrática significaba, en América Latina, el subdesarrollo económico y la subversión de las formas de la democracia. Así pues, García Márquez empieza por señalar esa complejidad histórica usando la imagen de la obsesión del niño Buendía con el hielo. El significado de esta imagen se va haciendo más claro a medida que la novela transcurre y el lector conoce el destino trágico de Aureliano Buendía y la suerte parecida de todos los Buendía. Es entonces cuando puede apreciarse la compleja realidad histórica que sostiene la relación metafórica entre el hielo y la muerte, presentada en la oración inicial de la novela.

El prestarle detenida atención a los temas, relaciones históricas, y simbolismos políticos e ideológicos encerrados en las primeras líneas de la novela podría darle un nuevo significado a cada aspecto del fondo y forma de la novela, entre estos las implicaciones filosóficas marxistas del título y las desalentadoras advertencias políticas de la oración final. Esto también revelaría la unidad intelectual que enlaza a *Cien años de soledad* con las obras pioneras de la dependencia latinoamericana antes mencionadas.

Un intento en esa dirección que envuelva la colaboración de historiadores, científicos sociales y críticos literarios también le inyectaría a la crítica literaria comparada una buena dosis de especificidad histórica y social. Por ejemplo, se mejoraría nuestro entendimiento sobre las relaciones problemáticas entre el desarrollo del capitalismo mundial y el de la literatura del Tercer Mundo,

señaladas recientemente por Frederic Jameson. Este autor arguye que la novela latinoamericana moderna es parte de un esfuerzo más amplio que vienen realizando los literatos del Tercer Mundo. Este esfuerzo, según Jameson, se basa en un rechazo/reformulación de las formas literarias europeas y las aspiraciones utópicas de una sociedad postcolonial/postdependiente. Seguramente que estas relaciones existen; se requiere, sin embargo, un estudio más profundo tanto de los textos como de sus contextos para poder comprender dichas relaciones y las diferencias cronológicas, formales, ideológicas y políticas que definen las variedades de la literatura tercermundista. Estas relaciones escapan al análisis marxista ortodoxo y europeizante actual que pretende analizar la dinámica del capitalismo mundial y caracterizar los llamados "modos de producción" de las regiones no europeas<sup>7</sup>.

#### IV

¿Acaso los historiadores y críticos literarios estudiosos de América Latina, y especialmente aquellos especializados en Colombia residiendo en los Estados Unidos, se encuentran en una posición ventajosa para establecer un diálogo y llevar a cabo estas investigaciones de carácter interdisciplinario? Esta es una pregunta cargada de implicaciones políticas, sobre la cual discurriré sólo brevemente, trayendo ejemplos de mi propia disciplina.

La primera respuesta a esta pregunta se encuentra en las necesidades y posibilidades propias de los campos del saber poco desarrollados. Debido al subdesarrollado historiográfico que exhiben las sociedades subdesarrolladas, los historiadores que se dedican a estos campos se ven obligados a leer todos los trabajos relevantes que versen sobre estas sociedades, convirtiéndose así de cierto modo en generalistas. Puesto que el monto de las obras a estudiarse es relativamente limitado, les es posible manejar una amplia bibliografía de fuentes secundarias que a su vez les permite ver las conexiones económicas, políticas y culturales que se dan dentro de la totalidad social que estudian. Por esto también les es más factible realizar estudios comparativos que a sus colegas que estudian los campos históricos más desarrollados. Esto resulta muy ventajoso, pues sólo a través del estudio comparado se logra separar y mediar las va-

riables causales e identificar los problemas históricos realmente significativos. El estudio comparativo es por lo tanto una herramienta sumamente útil de análisis histórico la cual, como podra esperarse, ha sido ampliamente empleada por los científicos sociales e historiadores de la escuela de la dependencia. En contraste, aquellos historiadores que estudian sociedades desarrolladas están sobrecogidos y abrumados por el volumen biográfico de sus campos. Por lo tanto se ven obligados por la lógica de la disciplina a seguir investigaciones dentro de subespecialidades y se aíslan del diálogo con otros humanistas y científicos sociales. De esta manera se ven imposibilitados de contribuir al análisis de la totalidad social y se sienten indispuestos para emprender estudios comparativos.

Entiendo que estas apreciaciones sobre las ventajas de historiadores de campos subdesarrollados también son validas en forma general para la disciplina de la crítica literaria.

Una segunda justificación especial para el diálogo entre críticos literarios e historiadores colombianistas estriba en la importancia particular de los estudios colombianos. Los estudiosos de la historia colombiana están convencidos de que la sociedad a cuyo estudio le dedican sus vidas profesionales exhibe unas características que la separaron de los patrones de la región. Más de una teoría general sobre el desarrollo histórico de América Latina ha naufragado en las agitadas aguas del caso colombiano. La tesis de los sectores medios del historiador norteamericano John Johnson y el modelo del autoritarismo-burocrático propuesto por el politólogo argentino Guillermo O'Donnell son buenos ejemplos ilustrativos<sup>8</sup>. En un sentido más amplio la historia moderna de Colombia se presenta como un campo minado en el cual explotan y se destruyen las convenciones de la teoría social europea. La pobreza de la literatura sobre La Violencia ilustra bien este planteamiento. Ese fenómeno histórico, que es medular dentro de la historia colombiana del siglo XX, no ha podido ser analizado partiéndose de las categorías y modelos existentes de la ciencia social. Es posible que, tal como David Bushnell ha sugerido, un análisis de la novela de La Violencia puede arrojar luz sobre este fenómeno social aparentemente *sui generis*<sup>9</sup>.

8. John J. Johnson, *Political Change in Latin America* (Stanford, California, 1985); Guillermo O'Donnell, *Modernization and Bureaucratic-Authoritarianism* (Berkeley, California, 1973).

9. David Bushnell, "Colombia siglo XX ¿Un caso de éxito?" *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 23:6 (1986): 3-14.

7. Frederic Jameson, "World Literature in the Era of Multinational Capitalism" (será publicado próximamente en *Social Text*).

En ese mismo trabajo, David Bushnell presenta un argumento novedoso al intentar explicar el éxito relativo de Colombia dentro del contexto más amplio de la historia moderna de las repúblicas latinoamericanas. Todas las características positivas que él señala, entre ellas, el historial extraordinario del desarrollo de la economía colombiana y el carácter relativamente abierto de su sistema político durante este siglo, podrían ser neutralizadas por otros aspectos más sombríos. Positivos o negativos, sin embargo, precisamente estos aspectos particulares colombianos son los que apuntan a posibilidades de estudios comparativos para historiadores (y tal vez para críticos literarios), los cuales podrán aportar importantes contribuciones al campo de los estudios latinoamericanos y la teoría social en general.

Finalmente, y como corolario a los dos puntos anteriores, hay una razón especial que apunta a la importancia del diálogo entre colombianistas (historiadores y críticos literarios) en los Estados Unidos. Resulta irónico dentro de las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina que los académicos norteamericanos que estudian la región estén de hecho encargándose de esa totalidad que constituye la esfera de influencia de los Estados Unidos. Un buen manejo de la bibliografía histórica de América Latina en general resulta especialmente provechosa para el especialista en Colombia pues éste encuentra una perspectiva comparativa que puede resultar muy útil. Se trata de una perspectiva distinta de la que parten las luchas de los latinoamericanos contra los legados del colonialismo y la dependencia con respecto a Europa y Estados Unidos. Los latinoamericanistas que residen y trabajan en la sociedad que domina al objeto de sus estudios se enfrentan constantemente al peligro de hacer suyas las justificaciones de la dominación neocolonial. No obstante, por fortuna, la identificación y simpatía

que sienten por el objeto de sus reflexiones, y la influencia sobre ellos que ejercen las corrientes intelectuales de la región, tienden a inclinarlos hacia el otro extremo del espectro.

En los tiempos contemporáneos, como he querido sugerir en el presente ensayo, la conciencia de los intelectuales latinoamericanos se hace patente no sólo en las grandes obras del género de la novelística histórica, sino además en las obras clásicas interdisciplinarias sociales de los pensadores de la escuela de la dependencia latinoamericana. A la medida que nosotros, los latinoamericanistas norteamericanos, compartimos esa conciencia política e interdisciplinaria de la región y aprovechamos los vastos recursos académicos de la sociedad industrial en que vivimos, podemos contribuir de forma positiva al desarrollo de un campo de estudio subdesarrollado, y, como consecuencia, al desarrollo mismo de las sociedades de América Latina. Por otro lado, nuestro contacto con las ideas fecundas de la nueva visión histórica de América Latina y con el diálogo interdisciplinario iniciado en la región, nos habrá de llevar a derribar las rígidas murallas que encierran a nuestra disciplina y a nuestras propias vidas académicas en los Estados Unidos. Esto es importante no sólo porque ayuda a reunir el conocimiento humano que se ha fragmentado en el proceso del desarrollo social. Es importante también porque según reflejan las insuficiencias en la crítica de la obra de García Márquez, los cánones y la lógica de las distintas disciplinas pueden encubrir agendas políticas sumamente conservadoras. En el caso de *Cien años de soledad* la crítica literaria que separa artificialmente el arte de la sociedad, y aísla la literatura de la historia, oscurece el profundo contenido histórico y el mensaje político contemporáneo de una obra maestra de arte revolucionario.